

ELIA BARCELÓ

Corazón de tango

451.http://

LA CONOCÍ EN LA MILONGA UNA NOCHE DE ABRIL EN QUE EL viento soplaba con furia huracanada, trayendo el olor del río y de los bosques húmedos, que se alzaban oscuros y casi amenazadores alrededor de aquella pequeña ciudad de montaña adonde mi trabajo había vuelto a llevarme.

Eran más de las once cuando llegué y, al abrir la puerta, el ambiente estuvo a punto de hacerme desistir y buscar el refugio de mi hotel, el descanso tan necesario después de tantas horas pegado a la pantalla, luchando por imponer un orden al caos de aquella empresa que había contratado mis servicios. Pero el vicio pudo más y cuando, aún en el umbral, la voz de Gardel empezó a desgranar las primeras palabras —«Si supieras que aún dentro de mi alma, conservo aquel cariño que tuve para ti»—, supe que me quedaría, al menos mientras él cantara, mientras hubiera un cuerpo de mujer que se pegara al mío en silencio y se dejara arrastrar por el embrujo del tango.

Mujeres había de sobra, como siempre, arrimadas a la pared con miradas soñadoras o hambrientas, fumando despacio en los rincones de aquella sala tenuemente

iluminada desde abajo por un par de bombillas tiradas en el piso, cubiertas con trapos rosados. En el centro, en el círculo abierto entre las mesas, unas cuantas parejas vestidas de calle bailaban solemnemente, con los ojos cerrados.

14 No era la primera vez que estaba en un sitio así, una especie de sala parroquial multiuso con sus largas mesas pegadas a las paredes, el montón de vasos de papel y termos de refrescos ocupando el rincón más alejado, las altas ventanas que tembleteaban sacudidas por el viento nocturno. Sin embargo, siempre me tocaba el corazón el que incluso en una pequeña ciudad de Centroeuropa, en día laborable, hubiera gente como yo, dispuesta a robarle unas horas al descanso para abandonarse a esa música, aunque fuera en un salón feo y sin alma, con un aparato portátil y una pila de cedés.

Innsbruck siempre me había parecido una ciudad triste, quizá porque siempre la había visto de noche, cuando ya se había puesto el sol, o en las primeras horas de la mañana, cuando aún no había salido. Una ciudad gris poblada por gentes grises, como si el peso de su historia, de tantos y tantos muertos de tantos y tantos siglos, fuera una losa que no los dejara alzar la mirada, el alma, la voz. Tuve en ese momento la impresión fugaz de hallarme en compañía de fantasmas, pero el tango difumina las cosas, las desdibuja, como el alcohol, y los fantasmas eran buena compañía para mi yo nocturno, ese yo en el que apenas pensaba durante el día y que por la noche en una milonga tomaba pleno control y surgía con el anhelo del tiempo que nunca conocí, con la nostalgia de la mujer que nunca tuve esperándome en La Boca.

Nadie me dio la bienvenida. Cuando me quité la gabardina y me senté a atarme los zapatos de baile, varias miradas de mujer pasearon por encima de mí, atentas, a la espera, midiendo en mis movimientos pausados y precisos la habilidad de mi cuerpo, la posible fluidez de mis pasos en la pista, la seguridad de mis brazos para anunciar mis deseos.

No queda otra actividad civilizada en la que el macho de la especie humana pueda marcar lo que quiere y la mujer lo siga, entregada, confiada, segura. El tango argentino es el único contrato que no se puede romper. Quizá por eso se haya convertido en mi pasión desde el día, ya lejano, en que lo descubrí en una estancia en Buenos Aires.

Mi yo nocturno, el tanguista, el milonguero, el que nadie en mi vida diurna conocía, se puso en pie y otra vez, como por un milagro no por repetido menos portentoso, todo mi cuerpo cambió, se hizo consciente de su peso, del equilibrio sabiamente repartido, del leve frote de la suela de cuero sobre el entarimado de madera pulida, de la cruz de las caderas, del pecho que se abre y brilla como un faro buscando la mujer que refleje su luz.

Entonces la vi. Parada en el extremo de la sala, un hombro apoyado en el quicio de una puerta entreabierta por la que se colaba un viento que hacía ondear el pico de su falda estrecha de satén, que, abierta en un corte como de navaja, dejaba ver una pierna tornasolada por la seda negra. Su mano larga y fina sostenía un cigarrillo que humeaba como abandonado cerca del muslo. Llevaba zapatos de baile, de alto tacón, con hebilla cruzada.

La penumbra de la sala no me permitía ver su rostro, girado hacia afuera, como si estuviera viendo algo más allá de la puerta, y apenas adivinar su largo pelo negro enroscado en un moño alto con una antigua peineta de carey salpicada de diminutas piedras que destellaban en la oscuridad rosada, como los aretes de oro que adornaban sus orejas.

16

Era una estampa arrancada de un álbum antiguo, una foto en tonos sepia, una mujer como solo las había en las historias que me contaba a mí mismo por las noches antes de dormir, inspirado por las letras de los tangos. A su lado todas las otras mujeres me parecieron de pronto borrosas, prescindibles, y la pasión que pudiera encerrarse en el cuerpo de una de aquellas centroeuropeas que olvidaban por unas horas en la penumbra del salón su vida cotidiana de dentistas, de secretarias, de amas de casa, esa pobre pasión voluntariosa que yo tan bien conocía, quedó relegada a otras noches, en otros lugares, recuerdos pálidos y mortecinos frente a la esplendorosa, imposible realidad de aquella mujer que parecía esperarme a mí y solo a mí, al desconocido que había traído el viento, como en las películas de antaño.

No me vio llegar. No creo siquiera que me oyera, pero con los primeros compases de *Volver* dejó caer el cigarrillo, se giró hacia mí y sus ojos me tragaron. Unos ojos negros, relucientes como espejos entre las largas pestañas. Un segundo después bailábamos.

Era como volar, como estar sumergido en un agua muy profunda y muy tibia traspasada por el ritmo arrastrado de un dolor antiguo y dulcísimo, de un recuerdo impreciso perdido en el tiempo. Era como haber encontrado algo que había tenido que olvidar para se-

guir viviendo y ahora me llenaba y me desbordaba con su inmensidad. Era todo lo que creía haber inventado con los años y ahora se me aparecía deslumbrante e intenso en su realidad perfecta.

Ella se me pegaba como un pañuelo de seda y en cada molinete que bailaba a mi alrededor me invadía su aroma, un olor a mujer apenas perfumada, y sus ojos destellaban como joyas, solemnes, severos, entrecerrándose de placer. Era como si me leyera los pensamientos, como si medio segundo antes de que yo insinuara un movimiento ella supiera lo que iba a pedirle y su cuerpo se plegara a mis deseos, un solo cuerpo desdoblado en dos formas unidas por la música.

No cambiamos una sola palabra. No era necesario. ¿Qué podíamos decirnos que no estuviera ya allí, en nuestros pies que trenzaban figuras sobre el piso, en nuestros cuerpos que se entregaban al ritmo eterno? Cualquier intento por mi parte de hablar alemán habría roto la magia y me aterraba la idea de hablarle en español y que no me entendiera o que me contestara con acento germánico unas cuantas frases de compromiso aprendidas en clases nocturnas.

Pensé por un instante que podía ser hispana, que podríamos quizá retirarnos un momento por esa misma puerta en la que ella se había apoyado, a fumar un cigarrillo tal vez en un jardín solitario y hablar en nuestra lengua. Pero entonces vendría la rutina de nombres y trabajos, el momento terrible de descubrir que aquella mujer espléndida que bailaba como una diosa porteña, como salida del mundo portuario y arrabalero de Quinquela Martín, no era más que una psicóloga argentina exiliada o una dominicana que durante el día vendía ropa interior.

Sus labios rozaron apenas mi mejilla sin afeitar y supe que pensábamos lo mismo. Que habíamos venido a bailar, que la noche era nuestra, que por un milagro del destino nos habíamos encontrado en mitad de la noche, en el centro de Europa, para dejarnos llevar por la magia del tango. Y que eso era bastante.

Bailamos una pieza tras otra, sin descanso, alguna milonga que realizaba su gracia coqueta, varios tangos de Pugliese que parecieron sorprenderla un instante con su chirriante dolor.

18

No sé cuánto tiempo estuvimos allí porque el tiempo que miden los relojes no es el mismo tiempo.

En algún momento apareció a nuestro lado un muchacho africano, uno de esos vendedores ambulantes que se presentan de pronto abrazando un enorme ramo de rosas rojas de tallo largo, esgrimiendo una sonrisa blanca, como un desgarrón en su rostro cansado de tantas negativas, de tantas parejas en restaurantes y locales caros que desvían la vista apenas los ven aparecer.

Ella miró las flores como fascinada y una sonrisa vacilante apareció en sus labios pintados de rojo oscuro, como las rosas que ofrecía el muchacho. Sin separar mi brazo de su talle, metí la mano en el bolsillo del pantalón, saqué un par de billetes y se los tendí sonriendo. Él observó de nuevo el ramo, como si fuera difícil la elección, separó una rosa perfecta, casi cerrada aún, y se la entregó. Ella me miró, rozó la rosa con los labios, rompió el larguísimo tallo, se la puso en el escote, cerró los ojos y apoyó todo su peso contra mí, entregándose a mi abrazo.

Bailamos. Bailamos olvidados de la pobre sala parroquial, de las parejas anodinas que contaban los pasos o

anunciaban las figuras en voz baja, como si no pudieran convertir la música en baile sin traducirla a palabras, olvidados de las miradas resentidas que nos lanzaban las mujeres desde la pared, del reloj que en algún lugar desgranaba los segundos de aquella noche que yo no quería que terminara jamás.

En algún momento empecé a registrar un arrastrar de muebles, un revuelo como de palomas en fuga, y una mirada rápida me bastó para comprender que la milonga estaba por terminar. Las parejas se ponían los abrigos, recogían los refrescos, vaciaban los ceniceros rebosantes. Las mujeres solas salían de dos en dos, acusándome de algo con la cabeza vuelta unos segundos hacia la pista antes de desaparecer en la oscuridad del zaguán. La música cesó.

Sentí su peso en mis brazos durante unos momentos, su cabeza en mi hombro, su pierna enroscada en la mía. Luego, aún sin hablar, nos separamos. Ella lanzó una mirada hacia la puerta, como una petición que no comprendí de inmediato, miró de nuevo la rosa de su escote, me dio un rápido beso en la mejilla, se separó de mí y avanzó, con gracia de río, hacia la oscuridad. Su última sonrisa, dolorosa, dulce, quedó como colgada en el repentino silencio, en la soledad repentina que me sacudió como un espasmo.

Fui a cambiarme los zapatos, me puse la gabardina y esperé en el zaguán, solo iluminado por la luz perlada de las farolas de la calle, hasta que salieron los últimos cerrando la sala con doble vuelta de llave, un sonido definitivo y lúgubre.

Encendí un cigarrillo y esperé mirándome en los zapatos el reflejo de la luz exterior, lanzando ojeadas furtivas

hacia la puerta del baño de señoras donde ella estaría preparándose para salir a la noche con el desconocido, conmigo. ¿Para ir adónde?

Ella debía de sentir el mismo ahogo que yo, por eso no acababa de salir; el mismo deseo de huir de repente, de desaparecer, ahora que ya no sonaba el tango.

20 Pasó un coche por la calle solitaria y el ruido húmedo me hizo acercarme a la puerta y mirar hacia afuera. Había empezado a llover. Una lluvia mansa que ponía un resplandor irisado en el nimbo de las farolas y hacía relucir la calzada con brillo de charol. No se veía un alma.

Volví a entrar y, repentinamente decidido, golpeé con los nudillos la puerta del baño. El silencio era total. Abrí suavemente y la oscuridad me sobresaltó. El baño estaba vacío. No solo vacío sino desierto, abandonado, como un barco a la deriva. Como me sentía yo.

Regresé al zaguán, me senté en los escalones de piedra y encendí otro cigarrillo aunque ya sabía que mi espera no tenía sentido. Se había marchado.

¿Había venido sin abrigo, sin bolso, sin paraguas? Me esforcé en recordar la última imagen de la sala antes de salir para esperarla, pensando que solo iba al baño. Estaba vacía. No quedaban más que los discos que había recogido la pareja antes de cerrar. Y la escalera solo conducía a aquel baño y al amplio zaguán donde yo había estado fumando junto al portón de entrada.

Salí a la calle, a la lluvia que caía como cansada y, ahora que había cesado el viento, casi vertical, y caminé con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos de la gabardina hasta el casco viejo. El portero de noche me dio la llave de mi cuarto, subí y, como siempre, vacié los bolsillos de la gabardina y de la americana sobre el tocador:

cartera, documentos, llaves, tarjetas de visita, un par de facturas y un papelito doblado que no reconocí.

Lo desplegué con manos temblorosas. Era una dirección del barrio de La Boca, en Buenos Aires, y un nombre de mujer: Natalia.

Estaba ya mediado el mes de agosto cuando conseguí por fin llegar a Buenos Aires, en pleno invierno porteño. Apenas instalado en un hotel del centro, en una fiebre de inminencia, busqué en el callejero la dirección que llevaba grabada en la memoria aunque el papelito tantas veces desdoblado no se apartaba de mí. Era, efectivamente, una dirección del barrio de La Boca, una callejuela a dos pasos de Caminito.

El taxi me dejó en la esquina, en una zona mal iluminada que, si yo no hubiera conocido ya de visitas anteriores, me habría parecido peligrosa. A pesar del frío, llevaba puestos los zapatos de baile porque, si no la encontraba en casa, sabía dónde encontrarla. Lo había soñado una y otra vez, en docenas de camas de hotel de docenas de ciudades a las que me había llevado mi trabajo a lo largo de los cuatro meses transcurridos desde aquella noche de abril: el taxi me dejaría en la esquina, cruzaría rápido hasta la dirección indicada en aquella nota y llamaría a su puerta, que estaría cerrada a aquellas horas de la noche. Miraría hacia arriba, buscando la luz en su ventana, y después bajaría por Caminito, desierto de turistas, nadie que se extasiara ante sus pobres casas pintadas de colores, tachonadas de uralitas decoradas, y el brillo de mis zapatos me indicaría la senda que lleva a Los Gitanos, un local diminuto con apenas

seis mesas donde se baila un tango arrabalero y sensual. Ella estaría allí, esperándome, apoyada en la puerta como entonces, el humo de su cigarro enroscándose en su muñeca con volutas de serpiente, sus ojos como estrellas oscuras invitándome a bailar.

No me sorprendió que la casa estuviera cerrada y que no hubiera luz en el piso de arriba. Lo que me alarmó fue el aire de abandono y de muerte que tenían las ventanas tapiadas, la herrumbre del llamador, los hierbajos que brotaban en el peldaño de la entrada.

22

Caminé con un ahogo en el pecho hasta la milonga, echando de menos el sombrero que había quedado en el hotel, notando cómo el aire húmedo se me colaba por el cuello subido del abrigo y pugnaba por liberar mis cabellos de su capa reluciente de gomina.

Las notas del tango impregnaban la calle de nostalgia, cuatro velas brillaban sobre las mesas desiertas del local, una pareja madura, con esa soltura lánguida de los tangueros de toda la vida, bailaba solitaria junto a la barra abandonada.

Me quedé mirando a través de los cristales sin poder aceptar que ella no estuviera allí. Me quedé mucho tiempo, hipnotizado por la luz temblorosa de las velas, sintiendo las notas del tango clavarse en mi interior, hasta que el patrón descubrió mi silueta y me hizo un gesto de invitación. Negué con la cabeza y me marché como si me persiguieran, alejándome de mi fracaso, hasta que después de caminar durante horas por calles desconocidas encontré un taxi que me devolvió al hotel.

Regresé al día siguiente, tras una noche llena de pesadillas y terrores, tras media hora de llamadas telefónicas para convencer a los que me habían contratado de

que la diferencia de horario me había producido una invencible jaqueca.

El puerto de La Boca estaba frío y brumoso, con ese aspecto solitario y canalla que solo tienen los puertos que han sido condenados a una muerte lenta. Unos pocos turistas paseaban como perdidos frente a las fachadas falsamente alegres; el frío era húmedo, insidioso, tenaz.

Sin saber cómo, me encontré en el museo que ya había visitado en otros viajes, un museo triste como pocos, desierto, con grandes salas pobremente iluminadas, de paredes pintadas de colores inverosímiles: verde bilioso, amarillo sucio, azul deslavado, cubiertas de cuadros de todos los estilos, de todas las épocas, en una zarabanda incomprensible, como si los hubieran arrinconado allí para poderlos olvidar mejor.

Con la vaga idea de subir al último piso, ya que estaba allí, y ver de nuevo los cuadros de Quinquela, que en su desgarró combinaban tan bien con el tango, con la angustia que sentía, con el hálito de muerte que envolvía La Boca, crucé una sala inmensa y vacía de visitantes, donde el frote de mis pasos contra el piso creaba ecos susurrados.

Y entonces la vi. Al fondo, a la izquierda, entre un horrendo paisaje de la Pampa y una incongruente salida de misa mayor con señoras de mantilla y caballeros con sombreros de copa, ella me miraba desde las profundidades oscuras del óleo, rodeada por un pesado marco de madera dorada. Sus ojos brillaban como en la milonga, entrecerrados de placer, como si estuviera escuchando los compases de un tango que sonara solo para ella en la soledad del museo polvoriento; sus labios intensamente rojos se curvaban apenas, como entonces,

en una leve sonrisa dolorida y provocativa a la vez; su pelo negro estaba recogido en un moño alto, prendido con una peineta de carey. En el centro del escote, sujeto por el corselete de seda negra, un capullo de rosa destacaba, rojo y casi cerrado, sobre la piel pálida. Un tipo de rosa de invernadero que aún no existía cuando pintaron su retrato.

El pequeño medallón del marco, justo bajo el lugar donde sus manos —esas manos que se habían posado sobre mi hombro y habían estrechado la mía— se unían en el talle, rezaba: «*El tango es un grito en voz baja. Artista desconocido. 1920, app.*».